

XOSÉ CARLOS ARIAS _Universidade de Vigo _[183-187]

La economía política de lo posible en América Latina



JAVIER SANTISO

La economía política de lo posible en América Latina
Banco Interamericano de Desarrollo, Washington D.C., 2006

Javier Santiso, brillante politólogo y economista español que desde hace unos meses desempeña el puesto de economista jefe en el Centro de Desarrollo de la OCDE, acaba de publicar uno de los libros más interesantes aparecidos en los últimos años sobre las economías y sociedades de América Latina. Editado simultáneamente en una doble versión, española e inglesa (esta última, *Latin America's Political Economy of the Possible. Beyond Good Revolutionaries and Free-Marketeters*, publicada por The MIT Press), este libro se plantea como un largo ensayo, sin apenas notas ni interferencias bibliográficas, que busca complicidades en la obra literaria de una diversidad de escritores, desde un omnipresente Octavio Paz al brasileño Mário de Andrade.

En cuanto a las complicidades de índole más teórica, *La economía política de lo posible* establece sus raíces intelectuales en la obra de dos de los más grandes pensadores sociales de las últimas décadas, Isaiah Berlin y, sobre todo, Albert Hirschman, para a partir de esas apoyaturas relativas a la construcción de una línea de argumentación clara y, en general, bastante convincente.

La influencia de las ideas hirschmanianas aparece por todos los rincones del libro, empezando por el título, e iluminan, desde luego, su tesis central: después de décadas de doctrinarismo, de aplicación de políticas económicas muy ideologizadas y cargadas con fuertes retóricas relativas a la construcción de un futuro maravilloso (fuesen éstas marxistas, desarrollistas o ultraliberales), en los últimos años asistiríamos a los intentos de definir políticas mucho más posibilistas; también más atentas a arreglar los verdaderos problemas económicos y sociales, que no radican en el pasado o en el futuro, sino en el presente. Santiso, sensatamente, ve en ese cambio de enfoque un progreso que ya estaría dando algunos resultados positivos para las poblaciones de ciertos países del área.

Cabe añadir que su razonamiento se apoya también en los trabajos empíricos de algunos economistas tan conocidos como Dani Rodrik o Ricardo Hausmann, quienes vienen mostrando la inutilidad de definir una única fórmula infalible para el crecimiento que establezca una relación de causalidad universal: una vez observado en el muy largo plazo un número importante de casos de crecimiento económico acelerado, se comprueba que gran parte de ellos no fueron precedidos por grandes reformas o *shocks* políticos.

Hace ya tiempo que el filósofo británico Isaiah Berlin llamó la atención sobre la necesidad de huir de los intentos de una ingeniería social basada en grandes ideas redentoras; es decir, de los graves peligros de fundamentar la política, la resolución de los problemas concretos de las gentes, en utopías. En un texto que Santiso recoge, Berlin habla del fracaso de la idea de "que exista en alguna parte, en el pasado o en el futuro, en una revelación divina o en el cerebro de algún pensador, en las exhortaciones de la historia o de la ciencia, en el corazón simple y bueno de un hombre íntegro, una solución última y definitiva"; y en otro lugar, una frase difícil de olvidar: "más vale no pretender calcular lo incalculable".

No lejos de esta forma de ver, Albert Hirschman ha desmenuzado críticamente una y otra vez los intentos de construir *políticas óptimas* basadas en recetarios, que tienen que ver con construcciones teóricas más o menos sofisticadas (podría valer para este caso la horrorosa palabra *constructos*) y que se pretenderían válidas para todo tiempo y lugar; esto es: soluciones universales y definitivas. En particular, Hirschman ha sabido explicar los efectos perversos que esa actitud, la *rage de vouloir conclure* ("la rabia de querer concluir") en bella expresión tomada de Flaubert, ha tenido sobre las posibilidades reales de progreso de los países latinoamericanos, encerrados en obsesiones por construir quiméricos futuros y olvidando con ello las necesidades del presente.

Santiso explica convincentemente la sucesión de ideas transformadas en programas políticos redentoristas en la América Latina de la segunda mitad del siglo XX. En este “verdadero enjambre de teorías y paradigmas” habrían tenido especial presencia las ideas revolucionarias de inspiración marxista, en los sesenta y setenta, el llamado *desarrollismo* impulsado por la CEPAL y, más tarde y con mayor virulencia, el ultraliberalismo sin tregua de los *Chicago Boys* o el más atemperado de los entusiastas andinos y caribeños del *Consenso de Washington*. La aplicación práctica de tales orientaciones ultradoctrinarias habría llevado al deseo de experimentar durante muchos años con programas de política y planes de choque (de la sustitución generalizada de importaciones a la liberalización total de los mercados financieros; del *Plan Cruzado* en Brasil a la *Ley de Convertibilidad* argentina) cuyos resultados efectivos tuvieron mucho que ver, en la visión templada del autor, con algunos de los principales desastres económicos y sociales sufridos por la región en los últimos treinta años y, en particular, durante la justamente denominada *década perdida*.

A lo largo de los noventa, por el contrario, se fue imponiendo una visión más escéptica y pragmática acerca de los problemas de la región y de sus necesarias soluciones. Primero en Chile, a cuya economía se dedica uno de los mejores capítulos del libro, y más tarde en otros países, sobre todo en México y Brasil, se habría ido generando un cuerpo de políticas más flexibles y articuladas y menos respetuosas con las grandes verdades de manual. Tales políticas partían del reconocimiento de fijar la prioridad en la estabilidad macroeconómica, pero sin descuidar –aunque esto no pueda decirse de todos los casos; sí desde luego del chileno y el brasileño– los avances en una distribución más equitativa de la renta.

La necesidad de lo primero –la estabilidad de los mercados monetarios internos y del tipo de cambio, la disciplina en las cuentas públicas– resalta con toda claridad en economías en las que hasta hace poco tiempo existían tasas de inflación de varios miles de puntos porcentuales, en un contexto general que ha identificado al conjunto de América Latina, durante mucho tiempo, como la región económicamente más volátil del mundo. En el análisis de Santiso cobran importancia los aspectos relacionados con la dimensión temporal del proceso político económico, sobre los cuales el autor ha realizado en el pasado algunas otras contribuciones interesantes.

Los efectos positivos de la nueva orientación se han hecho visibles en estos comienzos del nuevo siglo, con crecimientos sostenidos de la actividad económica –de en torno a un nada despreciable 5% anual–, una amplia estabilidad macroeconómica y en algunos países como los ya citados también una ligera reducción de los niveles de pobreza, además, las mejoras económicas se han revelado compatibles con la efectiva consolidación de los mecanismos democráticos, los cuales, pese a la inestabilidad política en muchos países y la desconfianza respecto de numerosos actores políticos, parecen seguir contando con un amplio apoyo ciudadano. De acuerdo con todo ello, la visión de Santiso es francamente optimista, aunque un cierto escepticismo de fondo no deje de aparecer en algunos pasajes del libro.

Quizá sea en relación con esto último –la bastante saludable percepción de la situación actual de América Latina, algo que choca con la visión en exceso siniestra que de este asunto muchas veces se nos ofrece– donde el trabajo de Javier Santiso muestra su mayor debilidad. Porque es verdad que esa incuestionable mejoría económica no ha ido acompañada de reformas en profundidad en las muy deficitarias estructuras de la gran mayoría de esos estados (por ejemplo, poco se ha avanzado en corregir su manifiesta y crónica insuficiencia fiscal), ni de los muy necesarios cambios institucionales (extensión de mecanismos de transpa-

rencia y control, reducción de la corrupción, reformas judiciales, y estas cuestiones no dejan, desde luego, de ocupar un lugar en la argumentación del autor, pero de un modo más bien marginal. Es significativo, en ese sentido, que no estén presentes los muchos e importantes casos de corrupción que oscurecen la, en otros aspectos brillante, gestión de Lula. Y en el caso mexicano, aunque se trate de acontecimientos posteriores a la publicación del libro que aquí se reseña, la gran división política y social que ha seguido a las recientes elecciones presidenciales, con sus problemas de confianza mutua e incluso de legitimidad, muestra de las graves insuficiencias de la dinámica de cambio político emprendida en ese país.

Por otro lado, tampoco merece, creemos, suficiente atención, la otra gran tendencia de la América Latina contemporánea: el populismo rampante desde el epicentro venezolano. Aunque expresamente en el libro se trate como una prueba de la diversidad de América, el caso de la revolución bolivariana y su onda expansiva queda bastante fuera del foco analítico, quizá por ir demasiado a contracorriente del argumento principal, pero no se puede olvidar que está ahí, que, sostenida sobre la ola de los altos precios del petróleo, su influencia se mantiene creciente en el área y que no está nada claro que, al menos en el medio plazo, vaya a perder la partida frente a la corriente pragmático-reformista.

En fin, al margen de las insuficiencias que pueda tener, se trata de un libro de lectura muy recomendable por su altura intelectual, la relevancia y actualidad del asunto que trata y la vocación antidogmática que, aprendida en maestros como Hirschman y Berlin, el autor manifiesta en cada página.